crificio de los sentimientos ni de las convicciones; fundaban el imperio de las ideas, consignaban los derechos de la humanidad y hacian frente á la tiranía, sin temor á los tormentos, á las persecuciones, á los suplicios, ni á la muerte.

Tanta fé en los principios, tanto celo por la humanidad, una caridad tan ardiente para consolar al oprimido y confortar al débil, ese valor admirable para presentarse ante los tiranos y reprender sus demasías, el contento que animaba su rostro en las cárceles, entre las cadenas y en los suplicios, irritaba mas y mas contra ellos los poderosos del siglo, acostumbrados hasta entonces á que todos los hombres acatasen hasta sus mas lúbricos y estravagantes caprichos, y el poder, el furor, el espíritu de venganza, animados por el amor propio resentido, por la vanidad humillada, por la soberbia abatida, eran otros tantos estímulos para esterminar del imperio hasta el nombre de los adoradores de Jesus: nada perdonó la tiranía para conseguirlo, se les puso fuera de la ley, se les privó hasta de lo que se concede al criminal, y llevando la animosidad al último término, se mandó estampar en los decretos la cláusula ominosa y sacrílega que dejamos anotada, que es el mas inconcuso argumento de su inocencia, al par que la mas concluyente prueba de la injusticia y maldad de sus tiranos.

Perseguidos los cristianos por el enorme delito

de introducir el bien en la tierra, luchando contra las preocupaciones del siglo y sus corrupciones, solos, aislados, pobres, envilecidos y odiados hasta de los mismos que venian á favorecer, en medio del furor de las persecuciones para conservar el depósito de la religion de Jesucristo y promulgarla, tuvieron necesidad de esconderse, apelaron á las reuniones secretas, encerraron el Viático en cajitas para llevarlo á los enfermos, á los presos y á cuantos no podian salir á la calle, se sirvieron de letras y signos convencionales para reconocerse, y entre el estruendo de las cadenas, en el tránsito de los suplicios y entre las llamas mismas, se veía al clero exhortando, consolando y confortando á sus hermanos, pero sin que de sus labios saliera una palabra que no dijese obediencia á las autoridades y resignacion en los trabajos; y sin embargo, la mayor parte de las veces estos celosos predicadores, estos sacerdotes de paz, estos ungidos del Señor, eran arrastrados á los tribunales sin mas delito que su caridad y ardiente fervor, y allí comparecian intrépidos, desafiaban el orgullo de los jueces, la crueldad de los tiranos, confiando su pura inocencia á aquel gran Dios que multiplicaba en su favor los prodigios, y señalaba los suplicios con milagros, dando con su muerte ejemplo sublime á sus hermanos de padecer por Jesucristo, y humillando con su sufrimiento y con su constancia el soberbio poder de

los tiranos, de sus sanguinarios ministros y despiadados verdugos.

Complace oir esclamar á estos hombres calumniados, á estas víctimas inocentes de la impiedad y de la malicia: "Hubo un tiempo en que amamos los placeres licenciosos, ahora amamos la pureza; practicábamos entonces las artes de la magia, ahora confiamos en la voluntad de Dios; procurábamos adquirir el bien ajeno por todos los medios, aun los mas reprobados, ahora son comunes los nuestros; nos aborrecíamos unos á otros, ahora vivimos en familia y oramos por nuestros enemigos." Así se vengaban de sus opresores, así respondian á la impostura con el testimonio de una vida irreprensible, y con la tranquilidad de una conciencia pura que nada teme, que todo lo espera.

De este modo la religion, fundada por la víctima del Gólgota, se difundia por la tierra, y del fondo de los calabozos, entre los horrores del tormento, del centro mismo de las llamas salia más pura, más hermosa, más llena de lozanía y esplendor para difundirse por el mundo, y caminar por entre los suplicios y el desprecio á sentar su trono sobre las ruinas del de los Césares, y á establecer del capitolio su morada para esparcir desde la cúspide que un dia albergó la tiranía y la impiedad, el hermoso fanal destinado á iluminar el mundo, la voz fuerte y sonora, que habia

de pregonar las grandezas del Altísimo, el triunfo de la humanidad y los derechos del hombre; pero en tanto llega este dia la veremos luchar contra la tiranía, veremos aquellos pontífices santos, aquellos sacerdotes austeros y venerandos, siendo el sostén de sus hermanos débiles y desvalidos, llevando por todas partes el consuelo, confortando á los débiles, socorriendo á los necesitados, reprendiendo los escesos del poder, y á despecho de los tiranos elevar su voz para anatematizar sus crímenes á nombre de aquel Dios que vino á redimirnos y nos ha de juzgar, sin que en su presencia nos valgan otros privilegios, otras dignidades ni otros méritos que nuestras buenas obras.

En vano el furor de la persecucion, la tiranía y la adulacion pusieron en juego todos sus recursos para malquistar á los cristianos y hacerlos odiosos al pueblo; en vano la maledicencia clavó en ellos su diente mordaz; en vano se les quiso presentar como homicidas sacrílegos, incestuosos y magos con el objeto de hacer proceder los milagros que el Señor obraba en su obsequio de la nigromancia, y otras artes reprobadas; ellos clamaban se fijase en las tablillas ó se espresase en las sentencias sus crímenes sin poderlo conseguir; ellos pedian ser oidos ante los tribunales, que no se les negase el consuelo de los criminales con quienes se los confundia. ¡Vanos deseos! ¡Inútiles

plegarias! Sus tiranos los castigaban sin oirlos, y no les quedaba otro consuelo que sufrir por Jesucristo, desmintiendo con sus obras la impiedad de la calumnia, recogiendo los niños que abandonaban unos padres crueles y desnaturalizados. cuidando de su subsistencia y educándolos llenos de caridad para hacerlos útiles al mismo Estado que los perseguia, y pidiendo por los mismos que los atormentaban, empleando los bienes de sus adeptos en obras caritativas; así fué que bien pronto la prostituta Roma vió erigirse en sus muros el primer hospital, producto de los bienes de la cristiana Fabiola, y en él el primer asilo caritativo de la humanidad doliente en contraposicion á tantos monumentos de prostitucion y matanza como el gentilismo habia elevado en la ciudad reina. Así el clero trabajaba por regenerar la sociedad; así cimentaba la doctrina de amor que su divino Maestro les mandó esparcir por el mundo; así llevaban la caridad á su regeneracion, y la humanidad á su perfeccion; así esparcian en el corazon del hombre los verdaderos gérmenes que un dia habian de producir la libertad y abolir la esclavitud. Sí, el clero y solo el clero rompió los grillos de la humanidad, porque él solo difundia la doctrina de Jesucristo que vino á libertar al mundo de la dura esclavitud en que yacia, enseñando á los hombres á mirarse y amarse como cuignes se les conduction (l'amos de hermanos.

Semejante al loto de las fábulas indianas, flotando sobre las aguas del diluvio y llevando los gérmenes del porvenir dentro de su seno, aparecia por encima de la inmensa corrupcion de Roma una iglesia que predicaba al Dios uno, bueno, muerto en la cruz, y la virtud de la resignacion y del perdon. En aquella Roma incestuosa y parricida, almas, que no era digno de poseer el mundo, vivian en otra vida, huyendo de la persecucion en el fondo de las cavernas hasta la hora en que eran llamadas á fecundizar con su sangre el árbol de la regeneracion. En el Lacio, en las cercanías de las ciudades de Ostia, Velletri, Tibur, Prenestra y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba en medio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas se escogian por los fieles para entregarse á la oracion y ofrecer al Eterno el sacrificio de sus corazones. Dilatábanse serpenteando las catacumbas llamadas de Calígula por debajo de tierra, á una distancia de siete millas. Allí era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban en seguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio,

una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; tambien á veces se escribia el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, dormitorios; espresion reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de dispertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudian alternativamente los piadosos levitas, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servia de norte aquella melodía sagrada á los fieles, que ocultándose de la ciudad y del ergastulum de inhumanos señores, acudian en secreto á buscar á sus hermanos, ya mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos trasformados en apóstoles, que habiendo encontrado al fin la solucion de todas las dudas y de todos los problemas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla sacrificando por ella su vida.

Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, tres Piscilas, diversas Lucinas y otras tantas viudas trasformadas en diaconisas, pasaban los dias enteros orando sobre las sepulturas de los mártires que adornaban con la solicitud y secreto, empleado por otras en sus lascivos gabinetes. Ma-

dres venerables, santas vírgenes, expiaban la culpa de las que se prostituian en obsequio de las diosas, rogando á Dios asiduamente y pidiéndole su perdon, socorriendo á los pobres y á cuantos esperimentaban padecimientos. Cuando ya no encontraba Vesta sacerdotisas que quisieran sacrificar su virginidad, una multitud de doncellas se brindaban á porfia á la custodia de las sagradas osamentas.

Así la mujer salió tambien de su ultrajante nulidad; igual al hombre por su orígen, aunque sometida á él por la diferencia de sus ocupaciones y por sus destinos, veíasela arrostrar el furor de la persecucion. Mujeres seguian á los apóstoles como las Magdalenas y las Marías á Jesucristo; unas daban de mamar á sus hijos, ejercian la hospitalidad, lavaban los piés á los viajeros, consolaban á los afligidos y se mostraban siempre castas, sóbrias, fieles y hacendosas, teniendo siempre á la vista la descripcion que hace el libro de la Sabiduría de la buena mujer; otras visitaban los mártires, besaban sus heridas, recogian su sangre y sus huesos cuando exhalaban su último suspiro, luego comparecian intrépidas ante los jueces y tribunales, desafiaban el orgullo de sus perseguidores y la ingeniosa crueldad de sus tiranos, confiando su pureza y su inocencia á aquel gran Dios que multiplicaba los milagros en favor suyo: allí, entre los tormentos, en medio de las llamas, desmentian esa debilidad de que nuestro siglo forma su mas bello atributo, y poniéndose al nivel del hombre por la constancia y firmeza en los padecimientos, merecian gozar los mismos derechos, y así preparaban su sexo para la igualdad que la estaba reservada en los siglos ilustrados.

Presidian la asamblea el obispo y el mas anciano de los sacerdotes; mientras roia el egoismo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozanía en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fé. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte un premio de que debian hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecian las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre, á quien nutria con sus beneficios. Vírgenes de la condicion mas humilde, cubiertas la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imágen del Cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que despues de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuian, á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistia en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en un corto número de antorcha ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se distinguian el obispo, el diácono, el criado, sino por una virtud mas eminente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religion, en la misma esperanza, se reducia su conjuracion á orar á Dios en comunidad, á pedirle por todos y á leer las Santas Escrituras. Todo el que podia llevaba un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorro á los huérfanos, á los náufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros; todo era comun, á escepcion de las mujeres: llamábanse obras de caridad sus comidas [Agapes]; sentados á la mesa hacian circular los cálices de la sangre divina; luego consumaban la comida á gloria del que la dá, amenizándola con el júbilo del perdon y del sacrificio en el seno de un amor afectuoso.

Diez persecuciones sufrió la Iglesia, y en ellas la sangre de los mártires fecundizó el imperio, brotando por todas partes adoradores de la cruz; inútilmente se esforzaron los Césares en arrancar de sus dominios la hermosa planta del cristianismo, que por todas partes regeneraba la vieja sociedad, que opuesto á los vicios, hacia brillar las

virtudes en medio del caos general de maldades que presentaba el mundo, viéndose ante los discípulos de Jesucristo con sus verdaderos coloridos las deshonestidades de Mesalina, la crueldad lúbrica de Neron, las atrocidades de Domiciano, el desenfreno de Decio, la impiedad de Juliano, los escesos de Eliogábalo, la maldad de Vero y los desordenados vicios de Diocleciano. Monstruos horrendos que odiaban el nombre de Cristo y querian esterminar del mundo una religion santa, humanitaria, cuyo objeto era la caridad, que se oponia á sus crímenes, reprochando sus escesos, que hacian triste contraste con la santidad de los pontífices, con el celo bondadoso de los obispos, con los deberes humanitarios de los sacerdotes y levitas, y con la caridad de cuantos abrazaban las doctrinas de la religion, que desde luego tomó la defensa de los oprimidos sin temor de ninguna clase, y enseñando á los tiranos á ver en el hombre un hermano.

Sin embargo de tantas contradicciones, y en medio de la persecucion, el nombre de Cristo era conocido en todo el imperio, el número de sus adoradores se habia aumentado considerablemente, y la sociedad cristiana se presentaba llena de vida y lozanía, cobrando de dia en dia mayores incrementos, mas vigor; y así por todas partes fructificaron los esfuerzos del clero y se acercaba el momento de la regeneracion social, que debia

levantar la humanidad del envilecimiento en que la sumieran los tiranos. Estos se afanaban por cortar el vuelo de aquella águila hermosa que sobre la cruz del Hijo de Dios habia de convertir la Señora del mundo gentil en reina del mundo católico, siendo el centro de unidad de la gran familia de Adam; pero el Señor velaba por su Iglesia, y el clero, custodio de sus doctrinas, las estendia, el pueblo comprendia su utilidad y todo el bien que les reportaban, y se agolpaba alrededor de la cruz, bandera sagrada, verdadera arca de la alianza que simbolizaba el pacto de Dios con sus criaturas, y en cuyos brazos se redimió el mundo, con cuyas doctrinas vino el alivio de los oprimidos, el consuelo de los pobres, el freno de los poderosos; y en una palabra, el remedio de todos.

Era llegado el tiempo en que la esposa de Jesucristo, despues de los acerbos dias del dolor, gustase las delicias de la paz, y en su regazo recogiese el fruto de tantas angustias, de tantos tormentos, de tanta sangre: era llegado el tiempo en que los emperadores, convertidos en hijos de la Iglesia, la dispensasen su proteccion, y en el que aquellos pontífices, aquellos sacerdotes, recogiesen el fruto de sus afanes, y desde el desprecio se elevasen á los honores, de las cárceles á los palacios, de las hogueras y los circos al capitolio, era consumado el cáliz del dolor y del oprobio, y una

nueva éra se preparaba para la Iglesia de prosperidad y ventura, pero en la que el clero no debia dejar su tarea, y aunque por distintos senderos conducir la humanidad á su perfeccion. Trescientos seis años de combates bien merecian algun premio, y el clero iba á recoger opimos frutos de sus inmensos trabajos y padecimientos.

affence que simbolizaba al pacto de Pios coa sus cristmas, y en cuyos brazos se radinuo el

custose las delicias de la muz, y en su regazo se-

eller geen ditos kenores, de los ministrados fillos qualque

CAPITULO V.

waxa Xugarun sin qabargodd si dinsida teade-

ACUSACIONES CONTRA EL CRISTIANISMO Y SU REFUTACION.

senores, ni il los pedagogos auxidisen disperates

Las persecuciones habian aumentado el número de los fieles, y la sangre de los mártires solo habia servido para fecundizar la hermosa planta del cristianismo; los tiranos habian agotado sus fuerzas, fatigado su imaginacion en inventar suplicios; se habian cansado inútilmente, y defraudadas sus esperanzas de esterminio, habian abandonado el hacha por la pluma; y en vez de hogueras y tormentos, ensañaron sus lenguas maldicientes contra los hijos de la cruz. La calumnia y la indiferencia tomaron de su cuenta llevar el dolor y la amargura allí donde no habian alcanzado ni las ruedas, ni los potros, ni las cárceles, ni las cadenas.